

H. Hester, *Xenofeminismo. Tecnologías de género y políticas de reproducción*, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2018, 144 pp.

El pensamiento hacia el postcapitalismo encuentra su espacio en el hacer filosófico de Helen Hester (1983), quien fue una de las seis autoras del manifiesto *Xenofeminismo: una política por la alienación*¹, publicado en 2015 por el colectivo Laboria Cuboniks, y que logró un fuerte impacto en los estudios de género. Así, con ese ensayo a la vista, Hester nos ofrece ahora su posición personal sobre esta incipiente propuesta teórica, subrayando que se trata solamente de uno de los posibles acercamientos al xenofeminismo (XF), vertebrado por el problema de la reproducción junto con aquellos otros que lleva adheridos.

La pregunta inaugural está clara: ¿qué es el xenofeminismo? “El XF es un *feminismo tecnomaterialista, antinaturalista y abolicionista de género*” (p. 19). El primero de los aspectos, el tecnomaterialismo, pone en el centro al cuerpo y la tecnología, en la que ven una vía emancipatoria (lo que no significa que obvien sus peligros); oponiéndose a lo que cabría llamar “neoludismo” (piénsese, por ejemplo, en el último libro de Éric Sadin sobre la inteligencia artificial). De este modo, las lógicas de la tecnología y la política son bidireccionales, el cambio de una afecta automáticamente a la otra, y viceversa. La tecnología es el campo de batalla de lo social, por lo que lograr su hegemonía daría pie a hacer uso de su poder transformador en las políticas de género.

En cuanto al antinaturalismo, este compromiso se deriva del punto precedente: si aceptamos que la tecnología puede rediseñar y operar en lo real (el mundo comúnmente llamado «natural»), no existe un motivo válido para no incluir aquí al género (no hemos de olvidar que el transhumanismo es una de las principales influencias del XF). Por ejemplo, en la línea de una autora como Firestone, si nuestra tecnología hiciera viable la ectogénesis, no tendríamos por qué oponernos a ella, así (i) disminuiríamos el sufrimiento y la opresión del cuerpo embarazable (de ahí el tecnomaterialismo), y (ii) se estaría operando directamente sobre algo que tradicionalmente se consideraba *natural*, transformándolo. Este posicionamiento conecta directamente con el movimiento trans; para Hester, “la naturaleza y lo natu-

ral son (...) categorías que se definen dentro del ámbito de la política” (p. 30). Es decir, no se niega que existan biológicamente unos cuerpos con la propiedad de “ser embarazables” y otros con la de “no ser embarazables”, sino que el antinaturalismo lo que viene a negar es que tales propiedades sean inmutables.

En tercer lugar, el abolicionismo de género es una consecuencia que se sigue parcialmente de los dos puntos anteriores: el XF rompe con el sistema binario de género y se presenta como un transfeminismo, sobre todo gracias a ese hilo argumental que constituye el problema de la reproducción, y cómo esta puede desligarse de la biología. Ahora bien, como resulta evidente, el XF choca con cierto transfeminismo que se reafirma en un innatismo (“hemos nacido así”), pues cae en el naturalismo previamente rechazado. Aunque tal postura puede ser estratégicamente favorable a corto/medio plazo, a largo plazo dará más quebraderos de cabeza que soluciones, ya que, como se dice en el manifiesto de Laboria Cuboniks, se deja de lado una de las claves emancipatorias del transfeminismo; a saber, “su capacidad de funcionar como «una ardua afirmación de libertad contra un orden que parecía inmutable»” (p. 38). Desde la óptica del xenofeminismo, el objetivo descansa en hacer del género (así como de otras nociones que lleva aparejadas, como la de raza) algo sin poder identitario, evitando cualquier tipo de rol social adyacente que pueda conllevar una injusticia. No obstante, no debe entenderse que el XF persiga una suerte de homogeneización merced a una tábula rasa, sino que, al contrario, busca romper la estructura masculino/femenino en pos de la proliferación de una multiplicidad de géneros no predefinida.

¿Por qué planes y programas de futuro apuesta el XF? ¿Es posible abandonar la idea de futuro centrada en la familia y, en especial, en el niño? ¿Cómo plantear un futuro no reproductivo? Ciertas corrientes, como el ecofeminismo, acostumbra a encerrarse en esos esquemas de pensamiento. Así, pensadoras como Lee Edelman diagnostican que la idea de futuro que manejan es heteropatriarcal (vincula, por ejemplo, la condición de mujer a la de sujeto embarazable), pues pivota sobre la figura del niño, lo que no deja de ser una lucha política que excluye (o excluye en parte) lo *queer*, alineándose con una heteronormatividad. Como remarca Hester, “el futurismo reproductivo puede llegar a clau-

¹ L. Cuboniks, “Xenofeminismo: una política por la alienación”, en A. Avanesian y M. Reis (Comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2017, pp. 117-133.

surar toda posibilidad de «xeno», en la medida en que vincula la procreación a la incesante propagación de lo mismo (sobre todo en términos de formas estructurales de opresión, valores de clase y chauvinismo de especie)” (p. 51). El XF, en consecuencia, se compromete, en esta época antropocénica de crisis climática, con la autonomía de los diferentes tipos de cuerpos así como con su estrato biológico frente a los agentes tóxicos circundantes, aunque escapando del naturalismo y la perpetuación de la mismidad, con el fin de alcanzar un porvenir emancipador.

Dicho lo cual, esto no acerca al XF a aquellas actitudes que piden poner el futuro entre paréntesis y adoptar una suerte de mirada apolítica. Hester, en clara oposición a Edelman, quiere erigir un proyecto político postcapitalista en el cual la figura del niño sea tratada con más sutileza, pues aunque es cierto que las naciones *agradecen* cierta natalidad (desde el discurso fúnebre de Pericles a nuestros días) también lo es que los niños *queer* o racializados no encajan en tal esquema, hallándose enajenados del capital social a pesar del trabajo reproductivo que hay detrás. Estas vidas poseen un alto grado de vulnerabilidad y son obviadas muchas veces por quienes enarbolan la bandera de las generaciones futuras. Sin embargo, añade que nuestro compromiso ha de ser más amplio, debemos proceder, por decirlo con Rorty, a la “ampliación del círculo” hacia otras realidades biológicas y tecnomateriales, habida cuenta de los riesgos poblacionales del Capitaloceno.

Nuestra autora nos recuerda el lema de Haraway: “¡Hagan parientes, no bebés!” (p. 62) aunque con una advertencia: llegados a este punto, Hester nos pone en alerta para no deslizarnos hacia opresiones eugenésicas, de marcado carácter colonial, que ya vivimos, dado que a veces la frontera entre la soberanía individual y el control racista de la natalidad se confunden (lo que hizo explícito Angela Davis), atentando contra la autonomía reproductiva de otras personas y, por tanto, contra la justicia reproductiva. Hester se decanta por la xenohospitalidad, que, por expresarlo con la teoría de las capacidades de Martha Nussbaum, quiere dotarnos de los factores de conversión necesarios para ampliar la capacidad de elección y realización de las personas. Además, esto abre la puerta a xenofamilias que abrazan la otredad y expanden la solidaridad, estando disponibles para el mayor número de personas y actuando como garantes de su supervivencia. Si se rompe el eterno retorno de lo mismo, la reproducción incesante, se genera un espacio propicio para la diferencia; así, la viabilidad de este proyecto permite separar la reproducción biológica de la reproducción social.

Por otro lado, Hester busca analizar el uso de las tecnologías para los intereses del XF, y dedicará una parte importante del libro al estudio del dispositivo de extracción menstrual Del-Em: “diseñado para succionar la pared endometrial del útero humano empleando una jeringa y una cánula flexible que se inserta en el cuello del útero” (p. 76), disminuyendo el tiempo de duración del periodo al poder ser extraído en su totalidad y, a la par, permitiendo interrumpir embarazos tempranos (no olvidemos que, aunque faltaba poco tiempo, el aborto

aún no era legal). Este hito surgió en el contexto de las reivindicaciones del feminismo de la segunda ola, que, pese a todo, estaba promoviendo la autoayuda y el autoempoderamiento (“hágalo usted misma”) en un momento en el que el acceso a la información sobre la salud humana se hallaba restringido (por ejemplo, el acceso al fondo de las bibliotecas médicas era exclusivo para sanitarios) y con una clara marca de género.

Semejante situación condujo a la creación de asociaciones y colectivos, algunos, como la organización Jane, aprendieron los procedimientos (se valieron de técnicas vinculadas con Del-Em) y ayudaban a abortar (hasta el 73 no se legalizó el aborto en EEUU, caso *Roe vs Wade*). De esta manera, señala Hester, uno de los primeros pasos clave del movimiento feminista fue la apropiación de tecnologías, en el sentido de las patentes de código abierto, que buscaban el acceso para todo el mundo, en vistas de luchar contra las injusticias del sistema sanitario; lo que también realizó Paul B. Preciado en su propuesta de llevar a cabo la experimentación hormonal fuera del control y la validación institucionales. Vemos que las ideas que había detrás se acercaban, y mucho, al espíritu actual de los *Creative Commons*. Además, gracias a la aparición de internet, el acceso a información y productos (como hormonas) ha funcionado de contrapeso al *establishment* sanitario. Esta ha sido una forma de circunvalar a las autoridades. El cuerpo, pues, ha dado la batalla político-emancipatoria.

Hester hace hincapié en la noción de *refuncionalización*; esto es, en reapropiarse de forma estratégica de tecnologías y recursos que, pese a haber nacido para otros fines (cf. Firechat), puedan servir para sus objetivos. Esto es lo que ocurrió con Del-Em por dos motivos: (i) podía ser fabricado de manera casera con elementos cotidianos; (ii) nació a partir de pequeños añadidos a dispositivos que ya eran empleados en clínicas de aborto clandestino; o sea, en lugares que se lucraban con el sufrimiento de las mujeres, y desde ellos se volvió una herramienta feminista *stricto sensu*. Aun así, cabe matizar que el Del-Em como resultado final se debió a una forma de hacer y pensar colectivos en relación a políticas de salud reproductiva y control de la natalidad.

La tercera dimensión que le interesa a la autora es la escalabilidad. Nos damos de bruces con el problema del localismo y sus límites, ya que en una época de talante biotecnológico resulta difícil salirse por completo del sistema. En el Del-Em ve Hester un modo de sobrepasar los límites de partida y, por ello, un caso digno de estudio para analizar cómo es posible incursionar en contextos más amplios valiéndose de una herramienta xenofeminista como es el protocolo (desarrollada por Galloway y Thacker), que –flexible como un meme– pone en contacto con una lógica mesopolítica² lo local con lo global: “el protocolo establece un puente entre agentes autónomos, lo que da por sentada la posibilidad de realizar operaciones translocales” (p. 110). Pero para ser verdaderamente efectivo, el protocolo tiene que integrarse en redes mesopolíticas de mayor alcance que

² Para profundizar en este concepto, cf. H. Hester, “Synthetic Genders and the Limits of Micropolitics”, ...ment Journal 6, 2015.

vayan desde la fundación de instituciones hasta su federalización o cooperación.

Por último, encontramos la cuestión de la aplicación interseccional. A partir de las demandas del feminismo racializado, se vio la importancia de no circunscribirse únicamente al control de la natalidad y llevar la salud reproductiva por un camino más integral, que, como ya indicamos, no atienda solo a la reproducción biológica, sino también a la reproducción social (no se han de perder de vista, por ejemplo, las circunstancias y las condiciones materiales que afectan a las mujeres negras). Así, Hester reivindica para el XF una concepción más holística de la justicia reproductiva y remarca que “el «usted» del «hagalo usted misma» nunca funciona aislado, sino inmerso en una red de opresiones estructurales, redes de poder y relaciones tecnomateriales” (p. 125), por lo que no deben equipararse –pongamos por caso– las situacio-

nes de una persona cishetero, una persona negra o una persona trans.

En la actualidad, existen colectivos que están poniendo en marcha las ideas teorizadas por el XF (cf. el colectivo GynePunk o el proyecto *Open Source Gendercodes*), aunque la aspiración radica en una apuesta más ambiciosa que pase de los métodos defensivos frente al sistema a la construcción de instituciones hegemónicas tecnomateriales, como ya pedían en el manifiesto del XF; en palabras de Hester, “no solo debemos convertirnos en hackers sino también en ingenierxs” (p. 138), creando estructuras sólidas y perdurables. Nada más apropiado que cerrar esta reseña con el eslogan del xenofeminismo: “¡Si la naturaleza es injusta, cambiemos la naturaleza!”.

Óscar Díaz Rodríguez